

EL PERRITO

A Jacques

El perrito lo miró a través de la vitrina del almacén, alzó las orejas, agitó la cola. Saltando de alegría torció el cuello hacia atrás y dio una vuelta entera. Feliz de su hazaña, quiso repetir el movimiento pero las patitas le fallaron y cayó al suelo. Se levantó sacudiendo la cabeza como si estuviera pringado de agua. Brincó otra vez y haciendo una pirueta vino a pegar su hociquillo sobre el vidrio. Volvió a mirarlo.

Desde el sardinel, Esteban Henríquez lo observaba divertido. No era muy dado a la introspección, pero tenía conciencia de que hacía mucho tiempo no había sentido tanta simpatía por alguien. Los ojos del cachorro, vivaces y cándidos, le recordaban los de su perra Nona, el único animal que tuvo en su infancia. Nona era lanuda y se acostaba a

El perrito

99

sus pies mientras hacía sus tareas. Le parecía verla de nuevo, una mancha blanca sobre el piso mugriento. Con el billete que su tío Rafael le daba los domingos, le compraba golosinas. Cada día gastaba diez centavos en bombones que guardaba en el bolsillo del uniforme vaciando entre comerse los, porque vivía acosado por el hambre, o llevarse los a Nona al atardecer. Regresando del colegio cortaba los bombones en pedacitos que luego colocaba sobre el suelo en línea recta: un trozo para él, otro para ella. Y Nona sabía perfectamente cuándo le tocaba el turno de comerse su porción: si él se demoraba a propósito en coger su parte, gemía pasándose la lengua por el hocico. Era su mejor amigo, casi su confidente. Más de una vez había llorado hundiendo la cabeza en su pelaje.

Esteban Henríquez sintió una ligera crispación bajo el párpado izquierdo. Detestaba evocar su infancia. Odiaba más aún acordarse del día en que al llegar del colegio encontró la casa vacía: su madre había botado a Nona. Sin advertirle, sin darle explicaciones, sin decir siquiera dónde la había abandonado. Eso nunca se lo perdonó. Todavía ahora, cuarenta años después, no encontraba excusa a su comportamiento. Su madre era áspera, con la expresión obtusa de una María Luisa de Goya. Creía que tenía sobre él todos los derechos del mundo. Pero se liberó de ella. Y en buena parte para liberarse de ella y olvidarse del pasado había venido a París, se había convertido en un pintor célebre, el más importante de su generación.

Esteban Henríquez respiró hondo el aire frío de la mañana. Un camión de carga pasaba lentamente

por la calle de la Tombe Isoire. Al frente de la acera estaba el laboratorio de radiografías de donde había salido unos minutos antes contento de saber que su columna vertebral se encontraba en buen estado. Se trataba de un examen de rutina, ordenado por su médico de siempre, el mismo que lo atendía desde años atrás sin cobrarle mayor cosa, cuando era un pobre pintor recién llegado a París y lavaba los pisos de la Samaritana para poderse comprar lienzos y pinceles. En realidad le tenía más confianza al famoso especialista que veía en Nueva York, pero los consejos del doctor Ducroix se revelaban eficaces y los terribles dolores que lo tumbaron a la cama no le habían vuelto desde hacía años.

Así, pues, todo estaba bien y esa noche saldría con Beatrice, la bonita mujer que había conocido el domingo anterior en la mansión de los d'Aubreil. Era la primera vez que lo invitaban y la primera vez, creyó entender, que recibían a un latinoamericano. No le sorprendía. Los d'Aubreil no pertenecían a esa nobleza salida del Imperio que toleraba a los artistas de moda y que se mantenía a flote gracias a alianzas matrimoniales con herederos de industriales ricos, pero de orígenes dudosos. No. Los d'Aubreil eran duques y pares de Francia y tenían una fortuna considerable constituida por hectáreas de bosques que lograron preservar de los desafueros revolucionarios. Se había sentido muy bien en aquella residencia suntuosa de Saint-Germain-en-Laye. Había un cuadro suyo en el gran comedor, una naturaleza muerta de su época figurativa. A lo mejor los d'Aubreil lo habían colgado

la víspera en su honor, porque eran absolutamente encantadores. Pero algo le había hecho sentirse incómodo, ajeno a ese mundo. Fue cuando un grupo de jóvenes entró al salón en compañía de tres perros, con el aire despreocupado y feliz de las personas que saben que el mundo les pertenece. Entonces la conversación cambió de rumbo. De catedrales y monumentos románicos empezaron a hablar de cacería. Uno de los perros tenía una pata vendada, se había herido persiguiendo a un ciervo, le dijeron. De repente había vuelto a abrirse el abismo que lo separaba a él de los d'Aubreil. Pues no sabía nada de partidas de caza, ni de bosques, ni de fusiles. Guardó un silencio precavido prometiéndose comprar libros que trataran del asunto. Algún día cazaría con los d'Aubreil y nada le gustaba tanto como pasar por ignorante.

El perrito seguía mirándolo del otro lado de la vitrina. Cuando advirtió que se fijaba en él, batió la cola y con una pata arañó el vidrio. Movido por un impulso incomprensible, Esteban Henríquez entró en el almacén y encontró la cara redonda y sonriente del propietario. Al instante se sintió incómodo, pues le pareció que aquel hombre había estado esperando su reacción desde el principio, como si el perrito fuera un anzuelo. Pero ahora no podía retroceder.

—¿Es un sabueso? —preguntó cohibido a su pesar.

—El señor es un experto en la materia —dijo el hombre sin dejar de sonreír—. Aquí tiene usted a un Bleu de Gascogne —añadió sacando al perrito de la jaula y ofreciéndoselo.

Esteban Henríquez lo tomó entre sus manos y se sintió invadido por una cálida impresión de bienestar. Aquel perrito de manchas grises y ojos brillantes era suyo. Le agradó saber que costaba cinco mil francos y tenía un importante linaje. Es hijo de un campeón, le dijo el hombre de la cara redonda mostrándole un documento verde en el cual figuraban los nombres de los antepasados del cachorro.

Cuando regresó a su apartamento, Esteban Henríquez estaba seguro de que había sido un acierto haberlo comprado. Se levantaría temprano para sacarlo de paseo y así haría un poco de ejercicio. Viajarían juntos. Irían a cazar con los d'Aubreil. Pero esas consideraciones se extrañaban en el secreto sentimiento de felicidad que experimentaba viendo correr al perrito de un lado a otro sobre los tapices o acercándose a él para pedirle una caricia. Era una impresión nueva, de estar acompañado, de compartir el tiempo, que vagamente le recordaba lo que sentía cuando vivía con Isabel. Entonces eran pobres e Isabel trabajaba como sirvienta a cambio del cuartucho donde habitaban; y le posaba a él en sus horas libres; y se ocupaba de las faenas domésticas. Esperaban el milagro: que su talento fuera reconocido y sus telas se vendieran. Se había prometido a sí mismo que algún día le daría el mundo entero. Pero cuando el milagro ocurrió, dejó de amarla. Lentamente una perpleja frialdad se fue deslizando en su corazón. No tenía necesidad de ella, una sirvienta podía remplazarla. Le parecía tonto seguir viviendo a su lado si tantas mujeres bellas se le ofrecían. Además Isabel, aunque de buena familia, desdeñaba la vida mundana y se

reía de sus deseos de frecuentar a los aristócratas europeos y a la gente del *jet-set*. Eso lo ponía a él de mal humor. Como le disgustaba verla tan mal vestida en las fiestas que empezaban a ofrecer en honor suyo. Siempre con el mismo sastre marón que él le había comprado en Rodier aprovechando una temporada de rebajas. Años después, descubriendo cuánto le costaba vestir a sus amantes, comprendió que Isabel no había tenido los medios de lucir mejor. Pero ya era tarde. Se había desembarrizado de ella regalándole dos cuadros para que se pudiera instalar en Bogotá. De todos modos, aun si le hubiese dado dinero Isabel nunca habría estado a la altura de las otras. Desconocía el arte de la seducción y los encantos del artificio. Con su manía de trenzarse el cabello parecía horriblemente latinoamericana. A él le resultaba incómodo presentarla a sus nuevos amigos cuando asistía a sus exposiciones. Un día no pudo aguantarla más y la puso en la calle, literalmente la botó a la calle con cien dólares, los dos cuadros y un pasaje de avión. Y todo fue diferente. A los seis meses comprobó el magnífico apartamento en el que ahora vivía y su pintura se volvió abstracta. Le pasó, creyó entonces, lo peor que podía ocurrirle a un pintor. Dejó de interesarse en los objetos, en los volúmenes, en las formas. Allí donde antes veía un hombre, percibía una línea, y lo que era un fruto se convertía en curva. Ya no le importaban los juegos de la perspectiva ni los matices de la luz, sólo el color. Tenía miedo de que sus galeristas lo abandonaran y los críticos le cayeran encima descubriendo su impotencia. Pero fue todo lo con-

trario. Hablaron de evolución maravillosa, de la creación de un mágico sistema de signos que le daba un orden al universo. Hablaron de la proyección pictórica de un mito destinado a revelar la vacuidad de la existencia, y otros utilizaron palabras cuyo sentido él desconocía y que ni siquiera consultando un diccionario pudo descifrar. En todo caso sus cuadros empezaron a venderse a precios exorbitantes y él entró de lleno en el dorado mundo de los millonarios. Debí rechazar invitaciones reforzando su disciplina de siempre y ahuyentando lagartos y periodistas insignificantes. Dejé de ver a los pintores que antes frecuentaba. Se negó a dar entrevistas. ¿Qué podía decir cuando los críticos de *Art News* comparaban sus telas con catedrales del tiempo convertidas en abstracción lírica? Nada, mejor callarse y cultivar una imagen de creador enigmático. Al principio lo hizo por miedo de revelar su ignorancia, luego descubrió que el silencio le otorgaba un aura de intelectual sumido en una reflexión profunda sobre las cosas de la vida. Pero no tenía la impresión de ser un farsante. Se entregaba de lleno a su trabajo y, salvo los fines de semana, pintaba desde el comienzo del día hasta las diez de la noche. Cualesquiera fuesen los comentarios de la prensa, los cuadros expresaban sus emociones más íntimas y el arte abstracto le permitía ir más allá de la realidad para fijar la impresión que los acontecimientos le dejaban en el alma. Era entonces demasiado emotivo y todo lo que le producía turbación terminaba estallando en colores sobre el lienzo. Fue una época maravillosa. Los críticos lo ensalzaban y él se sentía en

perfecta armonía con la vida. Nunca había pintado mejor.

Con los años se fue insensibilizando. A su alrededor sólo encontraba mujeres interesadas, hombres ávidos de poder y de dinero. Ni siquiera pedía que lo quisieran. Creía que seducía porque era guapo y sabía hacer el amor cuando sus conquistas se limitaban a ver en él a un pintor célebre que podía invitarlas a los lugares de moda, llevarlas a viajar y regalarles cosas de valor. A veces lo utilizaban como estribo para aprovecharse de sus relaciones. Sus amigos eran cínicos y pensaban que todo podía comprarse. Terminó aceptando sus juicios, compartiendo sus opiniones, y al cabo del tiempo perdió la facultad de experimentar la menor emoción. Llegó a temer que esa ausencia de sentimientos se reflejara de algún modo en su pintura, disminuyendo su calidad, pero ya había alcanzado tanta reputación y conocía tan bien el oficio que nadie advirtió el cambio. Sólo él sabía que se repetía, que sus fastuosos azules y sus líneas negras trazadas con diestras pinceladas aquí o allá no contenían ningún significado. Eran cuadros decorativos que no le exigían batallas de reflexión ni la angustia de sacar de la nada un dibujo capaz de expresar sus sensaciones. Contra lo esperado, esas telas sin alma empezaron a venderse mejor que las otras, como si la gente se sintiera más tranquila colocando en un salón un cuadro anodino, desprovisto de pasión.

También su vida se volvió una repetición continua. Después del atractivo de la conquistista, las mujeres le parecían iguales en la cama. Hasta evitaba

Pronunciar sus nombres por temor a equivocarse. Su lasitud y un desprecio inconfesado lo llevaban a hacerles el amor de cualquier modo. Poco le importaba que se sintieran insatisfechas, otras vendrían a remplazarlas. Queriendo escapar del hastío buscó emociones diferentes. Entre la nube de sus admiradoras había muchachas que necesitaban dinero para comprarse la cocaína sin la cual caerían en la desesperación. El las llevaba a Holanda, prudenencia obliga, y les hacía sujetarse un falo artificial para que ellas lo penetraran. Eso lo excitaba aguijoneando su líbido que sin saber por qué empezaba a adormecerse. Pero hasta eso terminó aburriéndolo.

Ahora vivía acorralado por el miedo de volverse impotente y con más frecuencia acompañaba a una mujer a su casa después de cenar adoptando una actitud caballerescas. Ellas se desconcertaban creyendo que no habían logrado despertar su interés y lo perseguían con esquelas y llamadas telefónicas. Las más tontas lo imaginaban romántico. Contristó la voz de que era un hombre inconquistable y todas las mujeres que encontraba en las recepciones hacían lo imposible por seducirlo. A veces el mundo se le antojaba un tejido de equivocaciones. Sus cuadros carecían de verdad y los críticos se postraban a sus pies, su virilidad moría y las mujeres lo adoraban.

Hacía poco tiempo Esteban Henríquez había intentado salir de su indiferencia afectiva buscando situaciones capaces de conmoverlo. Viajó por el mundo entero y no encontró nada. Ni los niños agonizantes de Biafra, ni las pequeñas prostitutas

de Bogotá, ni las multitudes famélicas de Calcuta le habían producido la menor impresión. Tampoco los magníficos paisajes descubiertos a lo largo de su viaje habían despertado su curiosidad. Pero al volver a París se enteró de que Joaquín Pizarro, su mejor fotógrafo y uno de sus pocos amigos, estaba enfermo de cáncer y corrió a verlo al hospital. Lo encontró en una sala común, macilento y sin fuerzas, un esqueleto y dos ojos desorbitados tratando ansiosamente de respirar el aire que sus pulmones carcomidos no alcanzaban a recoger. Esteban Henríquez sintió pánico. Comprendió al instante que lo mismo podía ocurrirle a él y por primera vez pensó en los horribles preámbulos de la muerte. Decidió que Joaquín no debía quedarse allí, mal atendido por enfermeras apresuradas, en medio de tanta promiscuidad, y lo hizo trasladar al Hospital Americano pagando de su propio bolsillo los gastos ocasionados por un cuarto privado con televisión y flores y un pedacito de jardín a través de la ventana. Iba a visitar a Joaquín todos los días. Con espanto comprobaba los estragos cada vez mayores provocados por la enfermedad y con secreta vergüenza descubría que su pintura recobraba la exaltación de antes, pues el sufrimiento de Joaquín le sugería dimensiones inexploradas y un milagro de fulgurantes rojos que expresaban el paroxismo de su miedo. La lenta y atroz agonía de Joaquín le permitió realizar sesenta telas que se expusieron en la Marlborough Gallery de Nueva York y despertaron el apasionado fervor de los críticos.

Cuando Joaquín murió, el sentimiento de culpabilidad que le produjo haber utilizado su dolor vol-

vió a darles a sus cuadros un contenido emocional. Por primera vez utilizó ocre y verdes un poco sombríos, explorando nuevos horizontes entre cascadas de curvas y un frenesí de manchas que devoraban el espacio de los lienzos. Pero al cabo del tiempo su desinterés regresó y cada nuevo cuadro volvió a ser la simple copia del anterior. Ya no inventaba nada ni les encontraba gusto a las cosas. Le interesaba vender, únicamente. Cuando alguien compraba una obra suya tenía al fin la impresión de existir. Necesitaba los elogios como Joaquín buscaba el aire, con desesperación, y se había vuelto sensible a la opinión de los críticos que antes despreciaba. Había movido cielo y tierra hasta impedir que la revista *Omega* le diera trabajo a un periodista miserable que lo trató de decadente. Para algo debía servir el poder. Pero nada lo halagaba tanto como observar la deslumbrada expresión de los coleccionistas cuando él les mostraba sus cuadros.

Esa tarde esperaba a los Van der Castel, una pareja de millonarios interesada en su obra. Llegarían hacia las seis y todo estaba ya listo para recibirlos. Su mayordomo, Antonio, serviría la champagne y las picadas encargadas a Fauchon. Había rosas amarillas en los jarrones. El apartamento se veía muy blanco. Temprano en la mañana la esposa de Antonio había limpiado a fondo y él mismo pasó el aspirador en su taller. La ceremonia se realizaría como siempre. Primero unas copas para que los Van der Castel se sintieran cómodos, y enseguida la visita del taller donde había puesto los cuadros de cara a las paredes. El conocía de

sobra a los coleccionistas. Tocaba impresionarlos, mostrarles una tela, ocultarla, enseñarles otra y así crear la expectativa sin dejarles imaginar que estaba apresurado. De ninguna manera debían sentirse en un bazar ojeando mercancías colocadas a su disposición. Cada cuadro era único, con su propia personalidad, y mirarlo era un privilegio. Había, también, que evitar todo cuanto pudiera distraer su atención. Entonces pensó en el perrito y se prometió encerrarlo en su cuarto apenas sonara el timbre anunciando la llegada de los Van der Castel.

Después de jugarleear por el apartamento, el perrito se había dormido en el sofá. Así acostado parecía indefenso, y como era pequeño daba la impresión de ser muy frágil y de estar a merced de los caprichos de cualquiera. Adivinando la hostilidad que despertaba en Antonio y su mujer, Esteban Henríquez los había hecho venir para decirles que si algo le ocurría al cachorro prescindiría al instante de sus servicios. Perder a un mayordomo tan eficaz y discreto como Antonio presentaba inconvenientes, pero la inocencia del perrito despertaba en Esteban Henríquez el deseo de protegerlo. Algo parecido le había ocurrido durante años con Isabel, que no tenía armas para defenderse del mundo. La menor agresión la tumbaba al suelo. Qué de veces la había encontrado llorando porque un empleado del correo la había insultado o un infeliz la había perseguido en el metro. Sin contar con las humillaciones que le infligía la mujer a quien le limpiaba el apartamento por el cuartico donde vivían y donde él podía pintar. Una noche la mujer ofreció una comida y a Isabel le tocó servir la mesa

con un delantal. Regresó con lágrimas. No le importó atender a los invitados, pero verse obligada a ponerse un delantal y soportar la arrogancia de la mujer, contenta de mostrar a su sirvienta, la hizo sentir desdichada. Y todo eso lo había aguantado por él, porque lo amaba y quería ayudarlo a salir adelante. Ahora Isabel residía en un barrio pobre de Bogotá, con un empleo que a duras penas le permitía vivir. De repente Esteban Henríquez tuvo la impresión de haber sido, si no injusto, al menos desagradecido. Y eso lo molestó. Pensó en lo que dirían sus biógrafos cuando comentaran el período de Isabel. Sin embargo, todavía tenía tiempo de hacer algo por ella: comprarle un apartamento decente, por ejemplo, y hasta un automóvil. En un directorio había anotado su número de teléfono, que alguna vez Joaquín le había dado. La llamaría a las siete de la noche, cuando los Van der Castel se hubieran ido y antes de la llegada de Beatrice. Oprimió el timbre interior y enseguida apareció Antonio. Recuérdeme llamar a las siete a Bogotá, le dijo. Al momento se sintió mejor, como si una nube se alejara de su mente, y seguido del perrito entró en su taller.

La vispera había comenzado a trabajar una tela que de sólo mirarla se le antojó caótica y sin contenido. Cubrió el lienzo de azul. Al instante visualizó mentalmente un conjunto de líneas a través de las cuales se reflejaba la paz interior que ahora invadía su espíritu. Pintó con energía y dos horas después el cuadro estaba terminado. Estornudando por las emanaciones de la pintura, el perrito se había echado junto a la puerta. Parecía más bien

contento cuando lo siguió al salón, justo en el momento en que el timbre anunció la visita de los Van der Castel. Esteban Henríquez se apresuró a meterlo en su cuarto.

Los Van der Castel poseían una importante colección de pintura moderna. Desde el principio Esteban Henríquez comprendió que era la esposa quien decidía y se puso en guardia. Las mujeres ricas tenían la ventaja de no discutir los precios, pero tardaban para decidirse y se mostraban volubles. Querían ver una y otra vez los cuadros, pensaban en el efecto que haría la tela colocada en su salón. Hacían preguntas idiotas y lo llamaban maestro, sobre todo si habían pasado la cincuentena, como la señora Van der Castel. A esa edad se imaginaban que todo les estaba permitido. Necias, dominantes, imponiendo con secreta rabia el poder que les servía de compensación, podían dar al traste con una venta.

Pasaron al taller y Esteban Henríquez descubrió, no sin asombro, que la señora Van der Castel era menos tonta de lo que imaginaba. Observaba las telas con ojo perspicaz, haciendo comentarios amables pero un poco reticentes. No estaba ni remotamente impresionada. Dos veces le preguntó si no tenía otros cuadros con temas diferentes, haciéndole sentirse un impostor. De pronto se fijó en el lienzo que acababa de pintar.

—Ese —dijo señalándolo—. Me gustaría comprar ese.

Esteban Henríquez hizo un esfuerzo para controlar la ira que le daba sentirse desmascarado.

—No lo he terminado aún —dijo—. Ni siquiera está seco.

—Se lo compramos de todas maneras —intervino el señor Van der Castel—. Mientras tanto podríamos adquirir otro, el tercero que nos mostró, por ejemplo.

—Excelente idea —dijo la esposa—. ¿Le molestaría que lo viéramos de nuevo?

En ese momento el perrito empezó a aullar. Esteban Henríquez se maldijo a sí mismo por no haber cerrado la puerta que comunicaba el apartamento con el taller.

—¿Tiene usted un perrito? —preguntó la señora.

—Sí, reposa en mi cuarto —explicó Esteban Henríquez embarazado.

—A los perros no les gusta sentirse solos, sobre todo cuando son pequeños —dijo la señora Van der Castel como si le hiciera un reproche.

—Puede sacarlo —añadió el marido—. A nosotros nos encantan los animales.

Por miedo de que lo juzgaran mal, Esteban Henríquez se vio obligado a buscar al cachorro que aullaba cada vez más fuerte. Y, por supuesto, los Van der Castel se fascinaron con el animalito. Lo acariciaron, admiraron sus monerías y se fueron sin haberle comprado ningún cuadro.

Cuando cerró la puerta tras ellos, Esteban Henríquez sintió odio por el perrito. Olía mal. Había orinado en la alfombra de su cuarto. Pero, sobre todo, le había hecho perder una venta. Llamó a Antonio y le ordenó que lo botara a la calle.

—Está tatuado —le hizo notar Antonio—. Si lo encuentran vendrán a traérselo.

—Mañana es su día de asueto. Coja el Rolls y déjelo en cualquier bosque.

Antonio sacó el perrito del apartamento decidiendo que se lo llevaría a un amigo suyo. A las siete regresó para recordarle a Esteban Henríquez la llamada a Bogotá, pero lo vio tan sombrío, tan pálido y hosco, que no se atrevió a decirle nada.